

# HONORARIOS

Cierva, el candidato a dictador al dictado, el confusionario, el organizador del desastre, ha soñado una tontería más, y no será la última. «Tontería?»—se preguntará el lector—. Y nosotros: Tontería, sí, tontería. Porque lo más grave de lo que está pasando es que esos sujetos no hacen ni dicen sino tonterías. Siguiendo, acaso, ejemplos de más alto.

La última tontería de Cierva fué que al saber que Indalecio Prieto se iba a Méjica dijo que lo celebraba, pues el parlamentario es hombre despierto y podrá imitar a los socialistas franceses, que corrieron a tomar las armas contra el enemigo de la patria. Sin duda el organizador del desastre, maestro en las artes de la captación mercenaria, se imaginaba poder ejercerlas en el despierto parlamentario. Pero éste no es tan tonto como él ni hila tan gordo.

El candidato a dictador al dictado olvidado o ignora, sin haber tenido que olvidarlo—¡porque como ignora tanto!... ¡tanto!...—qué los socialistas franceses empuñaron las armas contra el invasor de su patria, y que aquí nadie ha invadido la patria de nosotros, los españoles, socialistas o no. Es decir, sí: la han invadido Cierva y consortes.

Lo que el organizador del desastre, el mandatario antaño de las Juntas debería recordar es la actitud que Liebknecht y otros socialistas y patriotas alemanes guardaron cuando los ejércitos del imperio del kaiser, que no de la nación alemana—y si ésta se confundía con aquél tanto peor para ella—, invadieron un suelo extranjero. Esto es lo que debe recordar el confusionario ese. Si es que se enteró de ello. Porque como Alemania cae tan lejos de Murcia...

Y no está de más ahora y aquí esté recuerdo de la actitud de Liebknecht, porque debajo de todo este triste fregado estamos viendo la lucha misma que se entabló en España durante la gran guerra de las naciones. Nuestra antigua, señalar discordia civil, la que ha dado tono y calor de vida a toda nuestra historia de todo el siglo XIX y lo que va del XX, tomó en 1914 la forma de pelea entre germanófilos o anti-germanófilos; la germanofilia española que estalló hace siete años, y aun en los que no sabían antes nada de Alemania y continuaron sin saber nada de ella, esa germanofilia, que llamamos entonces troglodítica, es la que ahora se pronuncia por el desquite de Marruecos.

Desquite... ¿de qué? ¡Ah!, es que esos trogloditas de 1914 sienten en el reino de España el que había de convertirse, si Alemania gana la guerra, en un vice-imperio ibérico—con Portugal, Gibraltar, Tánger y lo demás de Marruecos—, sienten que ese reino, el de la neutralidad a todo trance y costa, ha salido vencido, derrotado, de la gran guerra de las naciones, sin que lo valieran todas sus mañas de duplicidad y de disimulo. Y no le valieron por lo mismo que no le valen las suyas al candidato a dictador al dictado, por lo que decimos al empezar esta escrito. Cuando el troglodita cree decir o hacer algo, dice o hace... una trogloditada. Y el botarate, una lotaritada.

Un pobre padre de familia, a quien le han llevado un hijo a la guerra, pero que es de los que toman a pecho, ¡pobrecillo!, eso de la serenidad patriótica que predica el hombre menos sereno y menos patriota, nos decía esta mañana, entre sorprendido y acongojado, que, según se acababa de enterar por no sabemos qué discurso del no sabemos qué Maura, España no está obligada por ningún pacto internacional a la conquista de la zona del Rif. Y le contestamos: «Y no se trata de conquistar, no! Se trata sólo de una operación de policía, de infligir un castigo a las caballos que no quieren someterse; y su hijo de usted va como policía indígena...» «Indígena?»—exclamó con asombro—. Pues él cree que eso de indígena es algo así como salvaje.» «Indígena de España»—le contestamos. Y al explicarle lo que eso de indígena o nativo quiere decir, dijo: «Ah, ya!» Luego estuvimos a punto de añadirle que indígena es algo así como honorario.

La policía indígena del Rif, en efecto, es algo así como pudo haber sido la policía honoraria que se intentó formar aquí en 1917, con la diferencia de que los honorarios de la de Marruecos son claros y patentes. Y no se olvide que aquella espontánea policía honoraria de 1917 se componía sobre todo de troglodizantes. Los mismos que vocaban ahora lo del desquite y lo del castigo.

¿Qué género de reclutamiento honorario y con qué nuevo asalto a la Hacienda española estará rumiando el organizador del desastre? Porque él todo lo arregla con honorarios. Los honorarios son su elemento.

Miguel de UNAMUNO

